

raval, escribió á otro Abad de su Orden. » Por relacion que me hizo, le dice, aquel que se toma tanto cuidado de vuestra alma, como vos de vuestro cuerpo, he sabido que olvidado de la regla y del buen exemplo que debéis á esos Religiosos, haceis que en la casa de los huéspedes se sirva una mesa, en la que quando estos ya han partido, nada negais á vuestros deseos, y que en los hábitos en la comida y en los muebles, mas imitais al rico sensual que á Lázaro pobre. ¿De este modo os acordais de las penas con que el Señor amenaza á los necios que descansan en las felicidades de esta vida? A la verdad, hijo y hermano mio, de poco sirve llevar ese hábito, si despues has de ser sepultado en el infierno. . . . El nombre de Monge toma su origen de unas palabras que significan soledad ó llanto; ¿cómo, pues, vendrán bien en un Solitario los vestidos magníficos que tanto respiran vanidad y regalo? ¿Cómo podrán convenir á un hombre triste y mortificado las señales del placer y la alegría? Para un Monge, hijo mio, es suficiente lo que le bastaba á San Pablo, comer para sostener la vida, y vestirse para cubrir el cuerpo, pedir mas es parecerse á un Fariseo hipócrita, que compra la honra con un hábito, mas bien que á un discípulo, é imitador de la pobreza Evangélica.»

» No es ese el género de vida que á vos y á mí nos enseñó Bernardo nuestro Padre y nuestro predecesor, de feliz memoria. No es la conducta de los Abades de nuestra Orden que nos alimentaron con pan de habena, con yerbas cocidas sin aceyte, ni otro condimento, y con habas y guisantes, aun en el dia de la solemnidad de la Pasqua. En todas nuestras casas se observa el mismo ó semejante rigor, y vos como sino fuérais del mismo Orden haceis que os dispongan delicadas viandas, bien condimentadas para satisfacer á vuestra intemperancia. . . .

» Si Jesuchristo ayuna antes de predicar, si ayuna Elias antes de ser arrebatado al paraíso en un carro de fuego, si los

Ninivitas con el ayuno evitaron su ruina, si Estér conservó su nacion, y aplacó la indignacion de Asuero con el ayuno, si San Juan Bautista pasó toda su vida ayunando para preparar los caminos al Señor, si todos los Santos han ido por esta senda, ¿qué camino es el que tomais para ir al cielo caminando por sendas tan diferentes? Por la intemperancia de nuestros primeros Padres se perdió la inocencia; Noé descubrió en la embriaguez lo que debiera estar oculto; y Loti por este mismo medio llegó á ser incestuoso. Despues de comer se levantó el pueblo, y adoró el becerro de oro: Amén fué muerto en un convite, y en semejante ocasion Holofernes se olvidó de sí; Baltasar vió estando sentado á la mesa, que escribian la sentencia de su muerte; y en una palabra, en un convite se vió por un prodigio de inhumanidad traer y manifestar la cabeza de aquel, que era el mas grande entre los nacidos de mugeres.

Supuesto, pues, que tantos son los que infelizmente han perecido, ¿cómo podreis tener mejor suerte que ellos? ¿Alegais por excusa los dolores de cabeza y de estómago, y que os son contrarios los alimentos comunes? Estais muy engañado si pensais que puede un Religioso servirse de todos los remedios que se toman en el mundo. Hemos entrado en la Religion, no para buscar en ella lo que lisongea á la naturaleza, sino aquello que la crucifica. Si la enfermedad aumentaba las fuerzas de San Pablo, ¿por qué procurais desterrar de vuestra casa lo que puede ser la fuente y el medio de conseguir tantos bienes? Creedme, Padre mio, ví muchas veces á San Bernardo comer con escrúpulo unas puches de harina, á que añadia un poco de aceyte y miel para confortar algo el estómago; y diciéndole yo un dia que era demasiada severidad, me respondió: ¡Hijo mio, si conocieras las obligaciones de un Religioso, regarías con tus lágrimas cada bocado que comes! Nosotros entramos en el Monasterio á llorar nuestras culpas y las del pueblo; y quando comemos el pan que nos han preparado con su

trabajo, comemos tambien sus pecados para llorarlos como los nuestros propios. Añadia tambien esta sentencia; no le basta al Religioso alegar su enfermedad, porque los Santos Padres que nos precedieron buscaban los valles húmedos y profundos para edificar allí sus Monasterios, con el fin de que enfermando con frecuencia sus Religiosos, y teniendo á la vista la muerte, no viviesen con descuido. Si los Santos, pues, buscan las enfermedades como medios de salud, ¿por qué las alegais para vivir mas delicadamente? Y si ellos nos diéron este medio para procurarnos tan grandes ventajas, ¿con qué dispensa consumis los bienes del Monasterio por tener mejor salud con pretexto de enfermedad? La enfermedad de vuestra alma, hermano mio, merece mas atencion que la de vuestro cuerpo, si el alma estuviera en gracia de Dios, no estaria el cuerpo tan flaco, ni tan deseoso de los placeres de la tierra. Reformad, pues, esos hábitos tan exquitos, cercenad esas comidas regaladas, porque aunque no os tome el pulso, bien sé el remedio que necesitais. Si esta advertencia que sale del corazon de un hermano y de un amigo no fuese suficiente, me veré precisado á remediarlo como Superior.

Todavía tenemos una carta de San Bernardo en el segundo tomo de la Biblioteca de los manuscritos del sabio Monfocon, dirigida á Raymundo, Caballero y Señor del castillo de Amboys. Está en Latin y en Francés; la version es del mismo San Bernardo: se reduce á una instruccion que da á este Señor, asi para el gobierno de su familia y de los bienes temporales, como para el uso que debia hacer. Esto es lo que me parece mas notable en las máximas que sienta por principios de una prudente economia. « Si vuestros gastos igualan á las rentas, sobrevendrá un accidente inopinado que arruinará vuestra casa: procurad que comian vuestros ganados; porque estos quando tienen hambre, no pueden pedir su alimento. Sustentad vuestra familia con las viandas comunes, y no con las mas deliciosas. En las fiestas de Pasqua dadla con abundancia,

y sin hacer ostentacion, manjares delicados. El gasto que haceis por desempeñar las obligaciones de Caballero es honrado, el que haceis por vuestros amigos es razonable; pero va perdido aquel con que ayudeis á los pródigos. Vended el trigo quando llegue á su valor, y no quando el pobre no le puede ya comprar. No vendais al mas poderoso, mejor será darle mas barato á vuestros inferiores. Los perros de guarda son útiles, los de caza cuestan mas de mantener que vale el provecho que traen. No hagais á vuestros hijos dispensadores de vuestros bienes: quando se acerque la vegez, encomendaos mas bien á Dios que á vuestro hijo. Disponed de vuestros negocios antes que llegue la enfermedad." En el mismo lugar trae Monfocon otra traduccion de la misma carta, pero el language no se distingue del de la primera. El sabio y erudito Calmet fué el que le comunicó la una y la otra.



Siguen los Resúmenes de este Artículo II.

§. II.

- XXXI. Libros de la consideracion al Papa Eugenio, y analisis del primero.
- XXXII. Analisis del libro segundo.
- XXXIII. Analisis del libro tercero.
- XXXIV. Analisis de los libros quarto y quinto.
- XXXV. Tratado de las obligaciones de los Obispos con otro de la reforma de los Clérigos.
- XXXVI. Libro del precepto, y la dispensa.
- XXXVII. Apologia de San Bernardo, dividida en dos partes.
- XXXVIII. Tratado de la nueva milicia, y elogio de los Caballeros del Templo.
- XXXIX. De los grados de humildad, y los de la soberbia, con otros del amor de Dios.
- XL. Tratado de la gracia y el libre albedrio.
- XLI. El juicio del sabio Mabillon sobre este tratado: un opúsculo del Bautismo.
- XLII. Un tratado contra los errores de Abeilardo.
- XLIII. Varios Sermones,
- XLIV. Sermones de Adviento, y elogios de San Joseph y de la Virgen.
- XLV. Homilia de las alabanzas de la Virgen, y Sermones de la Natividad y Circuncision.
- XLVI. Sobre la Epifania del Señor, Conversion de San Pablo, y la Purificacion.
- XLVII. Varios Sermones de Quaresma.
- XLVIII. Sermones sobre el Salmo *qui habitat Sc.*
- XLIX. Varios Sermones de la resurreccion y ascension, con los de otros misterios, y uno de S. Benito.
- L. Sermones de S. Pedro y S. Pablo, y los de la Asuncion, con otros de San Miguel y de todos los Santos.
- LI. y LII. Sermones sobre diversos asuntos, y en particular sobre el Cántico de Cánticos.
- LIII. y LIV. Prosiguen los Sermones sobre el mismo libro.
- LV. Refutacion de los Hereges de Colonia.

XXXI. **E**l segundo tomo de la edicion de Mabillon empieza por los libros de *Consideratione*, que son los que se aventajan en dignidad á los otros, bien sea que se atienda á la persona á quien los dedicó, que era el Papa Eugenio, ó bien á lo sublime del asunto, á lo magestuoso del estilo, y á lo elevado de los pensamientos.

Inmediatamente que se publicó esta obra procuró cada uno tenerla y leerla. La compuso San Bernardo para edifica-

cion y consuelo del Papa Eugenio; y se propuso en ella darle consejos, no tanto como un Maestro, quanto como una madre, ó por mejor decir, como un amigo; porque siempre conservó un amor paternal á Eugenio, que habia sido su discípulo en Claraval. Concluyó el primer libro en 1149, como se vé por la carta de Nicolás, su Secretario, á Pedro Abad de Cluni, á quien dice: "Os envío el libro del Abad de Claraval al Papa." El segundo no estaba aun compuesto por entonces, ni le concluyó San Bernardo hasta haber recibido noticias de la expedicion infeliz á la Tierra Santa, esto es, en 1150. Envió este segundo libro á Eugenio. El tercero fué finalizado despues de la muerte de Hugo de Auxerre, sucedida en 1152. Algun tiempo despues, y antes de 8 de Julio de 1153, que fué quando murió este Papa, acabó el quarto y el quinto, supuesto que los cinco libros estan todos dedicados á Eugenio.

Quando San Bernardo intentó hacer una obra en que pudiese edificar y consolar al Papa Eugenio Tercero, combatian en el Santo el respeto y el amor, mandándole dos cosas opuestas; el amor le instaba para que escribiese, y el respeto se lo prohibia. Venció el amor á la respetuosa timidez; y la razon que da San Bernardo es esta. "Bien sé, le dice, que estais colocado en el Pontificado supremo, mas quando estuviérais, si así puede decirse, sobre las alas de los vientos, no dexaria yo de amaros siempre del mismo modo. El amor que os tengo no os considera como á mi Señor, os reconoce por hijo mio, y así no le sujeta la calidad de Supremo Pontífice en que os considero. Mi afecto se humilla á vos voluntariamente, os obedece sin esperanza de premio, y os reverencia sin repugnancia. No todos proceden así: como el temor ó la codicia son los principios de sus movimientos, hacen muchas caricias, y abandonan en la necesidad; mas la caridad nunca miente. Confieso que he cumplido para con vos con todos los cuidados de madre, pero aun

me ha quedado el afecto." Empieza San Bernardo el primer libro compadeciéndose de la pena que sintió Eugenio al verse arrancado de las delicias del dulce reposo de la Soledad para aplicarle á la opresion de un continuado trabajo: despues le exhorta á no fiarse de los efectos que produce la asistencia á las grandes ocupaciones. Una carga que en los principios nos parece insoportable, va siendo mas ligera á proporcion que nos acostumbramos á llevarla: despues no se siente, y por último gusta. De este modo se vá cayendo en la dureza de corazon, y despues en la aversion del bien. Hace una descripcion de estos funestos efectos, y aconseja el Papa que los prevenga, entregándose con tiento á las ocupaciones exteriores, y reservándose algunos momentos desocupados para conversar consigo mismo (c. 1. 2.).

No me digais, que son palabras del Apóstol: *Que estando libre, se hizo esclavo de todo el mundo.* ¿Pensais acaso, que de todas las partes del universo venian á él los ambiciosos, los avaros, los simoniacos, los sacrílegos, los concubinarios, los incestuosos, y una infinidad de monstruos semejantes, para conseguir las dignidades Eclesiásticas, ó para mantenerse en ellas con la autoridad Apostólica? No por cierto; se habia hecho esclavo de todos por ganarlos para Jesuchristo, y de ningun modo para contentar su avaricia. Mas digno será de vuestro Apostolado atender á lo que en otra parte dice este Apóstol: *Habéis sido comprados con grande precio; no os hagais esclavos de los hombres.* Ahora pues, ¿hay cosa mas servil y mas indigna, principalmente de un Soberano Pontífice, que trabajar continuamente en negocios de esta calidad, y para semejantes gentes? ¿Quándo oramos? ¿quándo instruimos á los pueblos? ¿quándo edificamos á la Iglesia? ¿quándo meditamos la ley de Dios? Os teneis por deudor á los sábios, y á los ignorantes; pero no seais el unico á quien no sirvais. Acordaos de volver sobre vos; no digo siempre, ni aun frecuentemente; pero á lo menos en algunos intervalos. (Cap. 4. 5.)²

Confiesa San Bernardo que no permitia su estado á un Papa ocuparse solamente en las funciones Eclesiásticas, y que pareceria mal que no respondiese á los que pedian justicia por intereses seculares. Que le tratarian de rústico y de ignorante, y de hombre que no conocia su potestad, y deshonoraba su dignidad. Pero tambien dice, que el modo de pensar de su siglo, no era el de los Apóstoles. Estos fuéron citados á los Tribunales para ser juzgados, y no fué su vocacion hacer el oficio de los Jueces seculares.

De aqui pasa naturalmente el Santo Doctor á tratar de las principales virtudes: de la piedad, la que casi no distingue de la misma consideracion, de la qual nace todo lo que se llama virtud; de la justicia, de la prudencia, de la fortaleza y templanza, grande y magnífica materia para un entendimiento santamente filosófico. Conviene en que sus predecesores se habian aplicado á otro objeto, particularmente los ultimos; y que compadecidos de los lazos que veían armar á la inocencia, se habian visto en la obligacion de abrazar la defensa, segun el estilo y procedimiento de los Tribunales: pero le representa que tambien hubo buenos Papas que halláron mucho tiempo para meditar; como él le aconseja que pruebe. Buen testigo es San Gregorio, el que debaxo de la espada de los Bárbaros, y durante el tumulto de Roma sitiada, continuaba con cuidado su explicacion de Ezequiél en lo más difícil que tiene. Si la malignidad del presente siglo; si los fraudes, calumnias y violencias de que su zelo deseaba purgar la Christiandad, le precisan á seguir la ruta ya trazada en quanto á los pleitos, á lo menos le exhorta á cortar los abusos, á reprimir la libertad de los pleiteantes, á impedir las formalidades ruinosas; en una palabra, á reformar todo lo que solo sirve para salvar ú oprimir las partes á discrecion de los Oficiales, y á proporcion del dinero que les dan. Entre otras, hace una pintura de los Abogados, que pudiera pasar por una mordaz invectiva, si la naturaleza de las reprehenda-

siones, y la rectitud de un Santo tan grande no nos persuadieran á que solamente condena lo que la pública voz, y la indignacion de los hombres honrados condenaban antes que él. „No me parece mal, dice, que se litiguen las causas; pero quisiera que se litigasen como conviene: porque el modo con que se executa es exécrable, y aun indigno del Tribunal. Me pasmo de que se puedan sufrir con la Religion las arengas y alegatos de los Abogados que mas sirven para embrollar la verdad, que para darla á entender. Corregid estas malas costumbres, cortad esas lenguas que se derraman en cosas vanas, y cerrad esos labios abiertos para el fraude. Esas son unas gentes que han aprendido á hablar el language de la mentira, son discretos contra la justicia, hábiles para dar calor á la falsedad, sábios para hacer el mal, eloqüentes para rebatir la verdad. Se levantan á Maestros de sus propios Señores; discurren sobre lo que ignoran, y forjan sistemas de su invencion, por la que padece la inocencia, y los juicios se enredan mas.” Una breve y sencilla narracion era la eloqüencia y el arte á que hubiera querido San Bernardo reducirlos; y este decia que era el camino mas seguro para aclarar la verdad.

XXXII. Empieza San Bernardo el segundo libro de la consideracion, haciendo la apología de la Cruzada, cuyo éxito infeliz le atribuían, porque le habia predicado á instancias del Rey Luis, y por disposicion del Papa; ó por mejor decir, del mismo Dios. Al principio se excusa de haber dilatado tanto la continuacion de esta obra, por el dolor que el desgraciado fin le habia causado; pues apenas le dexaba vivir; tan distante estaba de poder aplicarse al estudio. „Nos acusan, dice al Papa, de haber hecho bellas promesas sin efecto; como si en este punto nos hubieramos gobernado con temeridad y ligereza. Yo no he hecho otra cosa, que executar vuestras órdenes, ó mas bien las que Dios me daba por medio vuestro.” Trae despues el exemplo de Moysés, que sacó á los Israelitas de Egipto, y no los introduxo en la tierra fertil prome-

tida, siendo asi que obraba segun la órden de Dios, confirmada con milagros; y dice, que los cruzados no fuéron menos incrédulos, ni menos rebeldes. Cita el exemplar de la guerra de las tribus de Israel, para castigar el delito de la tribu de Benjamin; pues con ser la empresa justa y aprobada de Dios, fuéron dos veces derrotados; y no perdiendo por esto el valor, vencieron en la tercera. Añade despues: „Acaso, me dirán, ¿de dónde sabemos que esta empresa vino de Dios? ¿Qué milagros haces tú para merecer nuestra creencia? A este argumento no me toca responder. Es preciso excusar mi pudor. Responded por mí, y por vos, segun lo que habeis oido y visto; ó por mejor decir, segun lo que Dios os inspire. Esto poco será lo suficiente para mi defensa. La mejor excusa de cada uno es el testimonio de su conciencia. No me da mucho cuidado el juicio de aquellos que al bien le llaman mal, y al mal bien. Si ha de suceder que murmuren contra alguno de los dos, mas quiero que murmuren contra mí, que contra Dios: no rehusó perder mi gloria, con tal que no se atrevan á la del Señor.”

Volviendo á su asunto, define la consideracion, diciendo que es una investigacion atenta de la verdad. De este modo la distingue de la contemplacion, suponiendo que ésta es sobre una verdad ya conocida. Divide en quatro el objeto de la consideracion. „Lo primero, os debeis considerar á vos mismo; despues todo quanto os rodea, lo que es inferior á vos, y lo que es superior.” En quanto al primer punto, se dilata sobre las obligaciones del Prelado, las que consisten en arrancar y destruir, edificar y plantar, como lo dice Dios en la mision del Profeta Jeremías. „Nada hay en ella, dice, que anuncie fausto, sino trabajo: es ministerio, y nó dominio; y no sois vos mas que un Profeta. Os hallais en una elevada cátedra; pero esto es para ver desde mas lexos, y no se os permite estar ocioso en el cargo del cuidado de todas las Iglesias. Esto es lo que os dexáron los Apóstoles; no oro, ni plata. Si teneis

alguno, no le teneis como sucesor suyo, sino por algun otro título; y así debeis usar de él como si no usarais. Si os habeis de gloriar, ha de ser, como San Pablo, en las ocupaciones y trabajos. Debeis sujetar los lobos, y no dominar en las ovejas. Toda vuestra nobleza consiste en la pureza de las costumbres, en la firmeza de la fe, y en la humildad, que es el mas bello ornamento de los Prelados (Cap. 6.).”

Despues dice: „No hay cosa alguna tan monstruosa como el poco valor en una clase elevada, y una vida despreciable sobre la primera Silla, ó un rostro grave con una conducta inconstante y ligera, y una grande autoridad sin fortaleza. No soy de aquellos que tienen las dignidades por virtudes: ya teniais conocida la virtud por experiencia antes que la dignidad.” Despues ensalza la dignidad de un Pontífice, sucesor de San Pedro, sobre todos los Obispos: no solo es Pastor de las ovejas, sino de los Pastores, con plenitud de potestad. Es Vicario de Jesuchristo para gobernar, no un solo pueblo, sino todos. No obstante, este mismo San Bernardo llama en otra parte á los Obispos *Vicarios de Jesuchristo*; porque tienen de él inmediatamente su potestad, aunque mas limitada (Op. II. cap. 9.). Exhorta despues al Papa Engenio á exâminar los progresos que ha hecho en la virtud desde que le colocaron; si era mas sufrido, mas benigno, mas humilde, mas afable, mas zeloso, mas grave, y desconfiado de sí mismo; ó si acaso habia caido en los defectos contrarios. Quál es su zelo, quál su condescendencia y discrecion para arreglar lo uno y lo otro: si es igual en la adversidad, y en la prosperidad: si en el tiempo del descanso se dexaba llevar de chistes indecentes. „Porque dice: lo que es juguete entre los seculares, es blasfemia en la boca del Sacerdote. Es en vos muy vergonzoso reir inmoderadamente, y mucho mas todavia excitar esta risa en los otros. En quanto á la avaricia, añade, no tengo que encargaros la consideracion; porque me dicen que mirais al dinero como si fuera paja; pero guardaos de la acepcion de personas, y de

la facilidad de creer las falsas relaciones, que es el vicio mas comun de los que se hallan colocados en las plazas distinguidas.” Este es el segundo libro de la consideracion (Cap. 8. II. y 13.).

XXXIII. En el tercer libro, compuesto en 1152, representa San Bernardo al Papa las cosas que son inferiores á él; esto es, el mundo entero, cuya administracion estaba á su cargo; no la posesion; porque ésta pertenece á solo Dios. Presidís, le dice, sobre los asuntos de todo el mundo; mas para dar providencias, para velar, para arreglar, y ser util. El Padre de familias os ha puesto á gobernar, y nó á reynar. No afecteis dominacion sobre los hombres, pues sois hombre como ellos. No hay veneno ni hierro que tanto os tema yo, como el deseo de dominar. Sobre todos debeis estender vuestros cuidados; primeramente sobre los infieles, para procurar su conversion: porque, ¿qué razon hay para poner límites á la predicacion del Evangelio? ¿Esperamos á que la fe los halle por casualidad sin que se les anuncie? Añado á esto la obstinacion de los Griegos que estan con nosotros, y no estan unidos con la fe, sino divididos con el cisma, y ni en la fe van por camino derecho. Añado tambien la heregia que ocultamente se va introduciendo por todas partes, y en alguna abiertamente nos ataca, principalmente ácia el Mediodia (habla de los nuevos Maniqueos). Los mismos Católicos tienen desolada la Iglesia con la ambicion y el interes. ¿No es verdad que la ambicion, mas que la devocion, lleva á visitar los sepulcros de los Apóstoles? ¿No resuenan continuamente sus clamores en vuestro palacio? ¿Oh ambicion! Así exclama este hombre santo despues de haber señalado este vicio por todos los que produce ó fomenta. Tú que eres la cruz de los ambiciosos, ¿cómo los puedes agradar? ¿Cómo siendo la causa de sus inquietudes y tormentos, puedes ser el alma de sus resoluciones y negocios? Llega despues al punto de las apelaciones. De todas las partes del mundo apelaban al Tribunal del Papa. Esto, dice el

Santo, es un testimonio de vuestra primacía; pero si bien lo pensais, no os alegrareis tanto con esta prerrogativa, como con la utilidad que puede sacar el público. ¿Habrá alguna cosa mas bella, que ver los débiles defendidos de la opresion asi que reclaman vuestro nombre? Por el contrario, ¿puede haber cosa mas triste, que ver que triunfan los que han hecho el mal, y que se fatigan inutilmente los que le han padecido?" Refiere dos exemplares de las apelaciones abusivas, y alaba en el Papa, que remitiese los apelantes á sus Jueces naturales, ó á otros comisionados que pudiesen conocer bien el punto; pues este modo de administrar justicia es el mas seguro y mas pronto (Cap. 1. 2.).

Hace ver San Bernardo, que los Pastores de la Iglesia, no tanto deben pretender su propia utilidad, quanto el provecho de sus súbditos; y despues de haber citado muchos exemplos del desinterés del Papa Eugenio, le dirige la queja general de las Iglesias, con motivo de las exenciones concedidas por la Santa Sede. „Los Abades se substraen de la jurisdiccion de los Obispos; los Obispos de la de los Arzobispos; y los Arzobispos de la de los Primados ó Patriarcas. En esto manifestais que teneis la plenitud de la potestad; mas puede ser que se exercite á costa de la justicia. Asi lo haceis, porque podeis; pero yo pregunto, si debeis hacerlo. Se os ha colocado, no para quitar, sino para conservar á cada uno su grado, y la clase de su honor. Antes de emprehender cosa alguna, debe lo primero considerar el hombre espiritual, si es permitida; despues, si parecerá bien; y por ultimo, si convendrá. No ignoro que teneis poder para dispensar; mas ha de ser para la edificacion, y no para la destruccion. Quando urge la necesidad, es excusable la dispensa; quando la utilidad la pide, es laudable; pero hablo de la utilidad pública, no de la particular. Bien sé que hay Monasterios exentos, que penden especialmente de la Santa Sede, segun la intencion de los Fundadores; pero va mucha diferencia entre lo que se da

por devocion, y las pretensiones de una ambicion que no quiere sufrir Superior (Cap. 3. y 4.).

Tambien, segun San Bernardo, es obligacion del Papa atender á todo el estado Eclesiástico, y examinar si los pueblos estan sujetos al Clero, los Clérigos á los Sacerdotes, y los Sacerdotes á Dios: si en las casas Religiosas se guarda el buen órden y la disciplina; si estan en su vigor las censuras de la Iglesia contra las heregias y los malos; si se observan exáctamente los decretos Apostólicos. Sentia este Santo en particular, que ya se hiciese tan poco caso de los decretos que el mismo Eugenio habia publicado en el ultimo Concilio de Reims. Se quejaba de que vivia engañado su Santidad, si creía que los observaban; ó que pecaba gravemente, si, informado, como lo debia estar, de tantas infracciones, disimulaba y cedia. El luxo, y la inmodestia de los hábitos permanecian en el Clero los mismos; sobre el principio, de que importaba poco delante de Dios el modo de vestir, si la vida era arreglada. Tomaba el Eclesiástico sin escrupulo todas las exterioridades del secular, y compuesto tal vez de lo secular, y lo Eclesiástico, parecia una especie de anfibio que ya no se podia definir. „Os dicen comunmente, Dios no cuida de los trages; lo que pide es las costumbres. Pero responde el Santo: ese modo de vestir es una señal del desorden que hay en el espíritu y las costumbres. ¿Por qué quieren parecer los Clérigos otra cosa de lo que son? Esto no es puro ni es casto: tienen el traje de Soldado, y la renta de Clérigo, y no cumplen con los exercicios de Soldados ni de Clérigos; porque no pelean como los primeros, ni predicán el Evangelio como los ultimos. ¿De qué Orden son estos? Por querer ser de los dos, ambos los abandonan y confunden. Cada uno, dice el Apóstol, ha de resucitar en su Orden (1. Cor. 15.). ¿En qué Orden estarán estos? Los que han pecado sin órden, perecerán sin órden; y si se cree que Dios, Suprema Sabiduria, nada dexa en el mundo que no esté en el órden, mu-

cho temo que los coloque en un lugar en donde no hay orden, y en donde reyna el horror sempiterno (Job. cap. 5.).

XXXIV. Aunque la primera intencion de San Bernardo en los libros de la consideracion solo era instruir al Papa, se advierte, que la moral se estendia á otros muchos; y esto es lo que los hace tan preciosos. Prosigue, pues, y exâmina en el quarto libro lo que habia al rededor del Padre Santo. El pueblo de Roma, los Cardenales, los Ministros, y sus domésticos. Habia tiempo que el pueblo de Roma se portaba con una arrogancia é inquietud, que sublevaba todo el mundo contra sí. «Vuestros Diocesanos son Romanos, dice el Santo Abad. Todo se encierra en este nombre.» Con ser San Bernardo tan modesto, ¡qué de cosas no añade aqui! Los miraba como tan detestados y desacreditados, que quitaban hasta el escrupulo que se pudiera hacer de hablar mal de ellos. «Sobre esto os réis de mí, y los teneis por incurables, añadia, pero no dexéis por eso de trabajar con ellos. Vuestro trabajo, y aplicacion para sanarlos, es lo que pide el lugar que ocupais, nó su curacion, la que á solo Dios pertenece... Demos que sean lobos, y no ovejas; pero vos sois el Pastor... ¿Por qué habeis de desconfiar de que puedan ser lo que deben? O renunciar el cargo, ó cumplir con él... San Pedro cumplia por medio del ministerio de la palabra: las mutaciones que despues han sobrevenido no os quitan la libertad de hacer lo mismo. Debaxo de la purpura y el oro que vestís podeis todavia sembrar el grano del Evangelio, y apacentar vuestro rebaño. Hacedlo así, y esto será gobernar como Pastor.» Exhorta San Bernardo á Eugenio á la reforma de aquel pueblo rebelde, y como obstinado en el mal, empleando las palabras, y no el hierro; la espada espiritual, y no la material: la primera es la que debe sacar el Sacerdote; la segunda es del Soldado; y aun éste no la debe usar sino segun el consejo del Sacerdote, y la orden del Emperador. En este sentido, dice San Bernardo, que pertenecen á la Iglesia las dos espadas, espiri-

tual, y material; porque aunque la Iglesia no puede sacar la sangrienta espada, se vale de ella por mano del Príncipe; y el Príncipe solamente la debe emplear, consultando primero al Sacerdote, para saber si la guerra es justa (Cap. 3.).

Encomienda San Bernardo al Papa que ponga mucha atencion en la eleccion de los Cardenales: que los reciba de todas partes, y de una edad madura, pues han de juzgar á todo el mundo: que elija por Legados personas de vida exemplar, que no busquen en su Legacia los bienes temporales, sino la utilidad de las almas; y hombres que vuelvan á Roma fatigados, y no cargados: que puedan gloriarse, no de haber traído las cosas mas curiosas, sino de haber dado la paz á los Reynos, la ley á los Bárbaros, el reposo á los Monasterios, y de haber restablecido, ó mantenido el orden y la disciplina en las Iglesias. Refiere dos exemplares de grande edificacion en dos Legados; el uno el Cardenal Martin, Legado en Transilvania, que volvió del país del Oro sin oro alguno, y con tan poco dinero, que apenas pudo llegar á Florencia: el otro Godefrido, Obispo de Chartres, Legado en Aquitania, que hizo á su costa todos los gastos de su Legacia, sin haber querido recibir presente alguno, ni aun dos platos de madera muy bien trabajados, que por devocion le ofrecia una Señora (Cap. 4. y 5.).

En las solemnidades era costumbre que los Oficiales del Papa estuviesen cerca de él para servirle mas comodamente; pero pretendian ocupar el mismo lugar en todas las juntas regulares que se celebraban. Hace ver San Bernardo, que era cosa indecente que tuviesen asiento estos Oficiales delante de los Presbíteros; y dice, que la costumbre en este punto debia tenerse por usurpacion. Aconseja al Papa, que confie el cuidado de su casa á un hombre fiel y prudente, para que á él le quedase tiempo para ocuparse en los negocios de su conciencia, y los de la Iglesia; pues no era decente en un Obispo